

# EL ATENEÓ LOROQUINO.

REVISTA CIENTÍFICA, LITERARIA Y DE BELLAS ARTES.

ANO II. — LORCA 1.º DE JULIO DE 1872. — 4.º TRIMESTRE — NUM. XII.

SUMARIO. *Un tipo de Moratin*, por D. M. OSORIO Y BERNARD. *La Esperanza*, por D. J. M. PACHE. *Estudio sobre el estado filosófico moral de la Sociedad presente*, por S. PORSER. *Fábula, La mosca y la mariposa*, por D. BRAULIO MELLADO. *Las aq as del olvido*, por D. FELIPE PLA. *El jazmín y la dia mela*, por D. M. CAMPOY. — Sueltos.

## UN TIPO DE MORATIN.

Cuenta la tradición, acaso fundada en la fábula, que habiendo pintado Apoles á un niño riendo, tomó después la paleta, delante de varias personas y con solo una pincelada logró que el niño figurase llorar.

Es fácil que el alarde de Apoles, verdadero ó falso, no tenga gran número de imitadores, pues nada es tan difícil para el artista como trazar con exactitud un rostro infantil, por el escaso carácter que ofrece y lo poco definidas que suelen estar sus líneas principales.

La misma dificultad ofrece al poeta dramático la pintura de un carácter con escasas condiciones de tal. Nada más sencillo que detallar el heroísmo, la traición, la franqueza, el rudo valor ó la hipocresía: nada tan difícil como pintar con acierto á una joven, cuando en ella no resplandece ninguna cualidad extraordinaria.

Y esto se comprende atendiendo á que la joven es en el teatro lo que el niño en el lienzo del artista; pero si este, á pesar de las dificultades, logra ser reproducido por el pincel, aquella no podía dejar de serlo por la pincelada dramática.

No faltan detractores de D. Leandro Fernandez Moratin que traten de empequeñecer su figura, hombrarse con él, discutir su importancia y negar su autoridad. No falta quien se haya atrevido á firmar un epigrama, consignando que le hace rascar. *La comedia nueva ó el Café*, pero esto solo prueba que D. Her

serviéndonos de la frase del inolvidable Inarco Celenio, Contra dichos detractores y sobre su voz desautorizada se encuentra el unánime aplauso de todas las personas sensatas que ajenas á pasioncillas literarias se complacen en reconocer y propalar el mérito de Moratin, cuyo castizo estilo recuerda nuestro siglo de oro. Por la historia literaria de la segunda mitad del siglo XVIII e inicia un lento aunque positivo renacimiento en nuestra literatura.

Para juzgar á Moratin como autor dramático es fuerza fijarse en *El sí de las niñas*: todas sus demás comedias, aunque escritas con suma discrecion, están mucho menos sentidas que ésta, sin duda porque Moratin dejaba hablar en ella, al escribirla, á sus propios recuerdos, acaso á los afectos más profundos de su corazón.

Las sospechas de los críticos han sido confirmadas plenamente con la publicación de las obras póstumas de D. Leandro Fernandez Moratin. La numerosa colección de cartas dirigidas á su familia y á su amigo Melon permiten recordar á cada paso los menores detalles de *El sí de las niñas*, para mengua de un escritor que ha osado afirmar que dicha comedia es *inverosímil*.

¡Inverosímil *El sí de las niñas*, cuyos tipos están copiados exactamente del natural!

¡Inverosímil una comedia en que se censuran costumbres que nuestros padres conocieron!

Lo verdaderamente inverosímil es que no falte quien acuse de inverosimilitud á Moratin.

¡Inverosímil sobre todo el tipo de Paquita con sus recuerdos del convento, su obediencia exajerada al mantato materno, su docilidad para labrar su desgracia y la de un honrado anciano de Paquita, tan accesible al amor y agradecida á la generosidad!

Si los detractores de Moratin hubieran circunscrito su censura á la figura de D. Diego, acaso les concederíamos que ya su tipo es hoy algo inverosímil, por no estarse tíos que sacrificuen su felicidad á la de sus sobrinos y les regalen además onzas de oro; pero



en tiempos de Moratin no eran raros dichos tios, como lo prueba el mismo escritor perdonando á sus sobrinos una deuda de noventa mil reales, cuando él solo disponía de lo estrictamente necesario para permitirse ir al teatro, tomar dos onzas de chocolate en su desayuno y tener una pequeña y escogida biblioteca para su esparcimiento.

Precisamente sí hay alguna figura en *El sí de las niñas* que captive al lector y espectador es indudablemente la de Doña Paquita. ¡Y cómo no, si Moratin la trasladó desde su corazón al teatro!

Paquita era su misma prima D.<sup>a</sup> Francisca Muñoz, hija de la madrina del poeta, aquella buena señora con quien bromea Moratin porque su letra *ella misma se la inventó* y cuyas aprensiones y raras ideas censura unas veces, criticándola otras por su facilidad en contraer amistades, su credulidad en la buena fé de los demás y su afición y aptitud para pretender.

Paquita es acaso el único amor de Moratin, pues no merece aquel nombre su pasión de adolescente para la hija de Bernascone.

Antes de emprender sus viajes, Moratin apunta en un diario los sucesos de su vida y sus más íntimas impresiones. El nombre de Paquita no falta en él casi nunca, unas veces por haberla regalado un abanico ó unos pendientes: otras por haberla visto llorar, á causa de tener maltratada la cara. Ya refiere haber disputado con su tia, ya haber gastado chanzas con Paquita. Estas chanzas menudean en el diario de Moratin, y en 7 de Julio de 1799, despues de consignar dichas bromas con su prima, añade: *quam osculavi*, es decir, á la que di un beso.

Siete años más tarde Paquita trata de casarse y Moratin consulta con su amigo Melon aquel extremo: llega el dia 9 de Diciembre y escribe en su diario:

*Aquí Paquita y su madre; consulta sobre casamiento de Paquita: yo... testamento... ternezas.*

Cerca de un año despues, el dia 7 de Setiembre de 1807, escribe Moratin en sus notas diarias, para las que pone á contribucion varios idiomas y usa una taquigrafía especial:

*Paseo con Melon en coche, donde me dió noticia de que se casaba Paquita: lloramos... yo triste.*

¿Cómo, preguntarán los lectores, es Melon quien le da la noticia, siendo Moratin el consejero constante de su familia?

Misterio es este que no hemos podido descifrar. Tal vez consista en que Moratin no quisiera intervenir para nada en aquel matrimonio, por lo que á su corazón lastimaba.

No seguiremos analizando este asunto: bástenos añadir que el casamiento de Paquita se verificó mucho más tarde y que Moratin, obligado á viajar por Italia, Inglaterra y Francia, prosiguió escribiéndola continuamente y dedicándola las frases más cariñosas, aunque impregnadas de un respeto profundo.

El que tanto la apreciaba en vida no podía olvidarla en la hora de su muerte. Una de las cláusulas del testamento de Moratin dice lo que sigue:

« A Doña Francisca Muñoz, que vive en Madrid, calle del Desengaño, esquina á la del Barco, cuarto tercero, se la darán cincuenta duros de mi parte; y ella entregará á la Real Academia de San Fernando, un retrato mio, pintado por D. Francisco Goya, que tiene depositado en su poder, si la Real Academia se digna aceptar esta memoria. »

El Sr. D. Manuel Garcia de la Prada, encargado de cumplir esta parte de las últimas disposiciones del poeta, que acababa de morir fuera de su patria, escribía en 4 de Setiembre de 1828 al Sr. D. Manuel Silvela:

« . . . . Habiendo estado á ver á Doña Francisca Muñoz sobre la entrega del retrato para la Real Academia, no puede V figurarse el sentimiento que ha causado semejante noticia á esta buena mujer. Ha enseñado carta de D. Leandro, fecha 22 de Marzo de 1817, en que con las expresiones más terminantes la da el retrato por los dias de su vida. En fin, despues de infinitas reflexiones y en medio de infinitas lágrimas, se convino en entregarle y en percibir los mil reales del legado. Aseguro á V. que me ha compadecido dicha señora por su honradez y por el singular cariño que tiene al difunto. . . »

Y añade el mismo Prada veinticuatro dias despues: « . . . cada vez me admira más la estimacion que profesa á la memoria del difunto. . . »

Cerremos aquí estas breves reflexiones. Los que deseen conocer por completo el tipo de la obra maestra de Moratin, que estudien las cartas del mismo. En ellas encontrarán de paso galas de lenguaje, nobles sentimientos, sátira culta y fina, pintura extremada de afectos y magistrales descripciones. Estúdienlas, como dejamos dicho, con detencion; lean despues *El sí de las niñas* y sus demás obras y verán conciliadas en ellas dos opuestas opiniones, pues el teatro de Moratin es al propio tiempo *el espejo y la escuela de las costumbres*.

M. OSSORIO Y BERNARD.

### LA ESPERANZA.



Conseguirla pretendemos,  
tras de su sombra volamos,  
que á lo que tanto anhelamos  
no es fácil que renunciemos.

Y aunque nunca la tendremos  
conforme la concebimos,  
siempre, ciegos, perseguimos  
esa sombra que nos huye,  
que ella sola constituye  
la esencia de que vivimos.



Satisfecho el corazón  
 hoy late con doble vida,  
 juzgando ya conseguida  
 de su mente la creación.

Pero después... ¡ilusión  
 y debilidad humana!  
 su esperanza sale vana;  
 se encuentra con el vacío,  
 y nueva en su desvarío  
 se forja para mañana.

Y el mañana llegará  
 y tenáz, fijo en su empeño,  
 el hombre acaricia el sueño  
 de que al fin la encontrará.

Otra vez la mira ya  
 que desciende hasta su pecho;  
 la contempla satisfecho,  
 la vé, la palpa, la nombra...  
 mas de nuevo, como es sombra,  
 la esperanza se ha desecho.

Siempre vamos fluctuando  
 en revuelto torbellino,  
 sin encontrar el camino  
 que estamos, locos, buscando.

El mundo se está engañando  
 y el hombre finge en su anhelo  
 que ha de encontrar su consuelo  
 al realizar su esperanza;  
 y es que buscándola avanza  
 en la esperanza del cielo.

J. M. PUCHS,

---

## ESTUDIO SOBRE EL ESTADO FILOSOFICO-MORAL DE LA SOCIEDAD PRESENTE.

---

¿Qué queremos? ¿Dónde vamos?

He aquí la pregunta que nos hacemos cuando, al fijar nuestra atención en la Sociedad presente, observamos con desconuelo lo indefinido de nuestros deseos, el desconcierto general de ideas que existe, lo extraño y confuso de los medios que empleamos para la consecución de ese fin casi desconocido que queremos alcanzar.

Loca parece la humanidad por lo voluble que se manifiesta; insensata por las teorías y principios que menosprecia; incomprendible, en fin, porque cuando debiera estar en el apogeo su inteligencia, potente y sabia con la posesión de la verdad, la vemos débil ó ignorante estudiar los primeros rudimentos del saber.

Tristeza nos causaría la Sociedad que en tal estado se encontrase por no haber nunca conocido la verdad; pero más dolor y tristeza nos inspira la que, habiéndola poseído, la ha abandonado por el capricho de

encontrarla por distinto camino del que la adquiriera.

Mas ¿qué es lo que ha producido este estado?

Permítanos el lector que llevemos su imaginación á tiempos pasados y podrá contestar esta nuestra pregunta

La religion cristiana, iluminando al mundo con la luz de su doctrina santa, disipa las tinieblas de la filosofía antigua que la impedían conocer y abrazar la verdad. Ella enseñó á los Platónicos, á Tales, á Anaximandro, á Crotoniates y á los demás filósofos de la antigüedad que Dios no es una figura geométrica, ni agua; que Dios no nace ni muere, ni es el sol, ni es las almas de los hombres, ni, como aseguraba Parménides, la corona que abraza al universo, sino que es un espíritu infinito, omnipotente é inmutable creador y regulador de todas las cosas. Ella recordó al hombre que lo había olvidado, su origen divino, destruyendo la indigna fabula de los Epicúreos y Estóicos. Ella, en fin, arrojó por tierra al paganismo y á su filosofía, consecuencias del desconocimiento del Dios verdadero; y basando sobre la fé el reinado de la razón, hizo que ésta en vez de ser esclava del absurdo, fuera señora de la verdad.

Antioquia, Atenas y Roma abrazaron la salvadora verdad que le negaban sus religiones sensuales, y los sabios el Ateopago y los filósofos confesaron los errores de sus sistemas. La religion de la verdad fué creída y observada en Oriente y Occidente, dando vida á los genios de Orígenes y Tertuliano; de Laetancio y Arnobio; de S. Atanasio, S. Juan Crisóstomo, S. Ambrosio, S. Agustin, S. Gregorio el Grande y cien y cien otros que, según la magnífica expresión de un escritor de este siglo, «llevaban de una parte la fé hasta la sencillez de la infancia, elevando por otro lado la razón hasta la grandeza del génio. (1)

Mas á principio del siglo XVI el orgullo excitado del célebre protestante fraile agustino, le hizo pronunciar la terrible frase de «Libre exámen» que no era otra cosa que el sistema racionalista de Platon aplicado á la religion. Según él, «no debe admitirse nada como verdadero en materia de revelacion cristiana, más que lo que le parece á cada uno, estudiando la Escritura.»

Anatematizada tan impía doctrina, sus secuaces haciendo uso de las arteras armas del ridiculo y la burla, se mofaron, pues otra cosa no podían hacer, de la filosofía cristiana que apellidaron escolástica, fundándose, no en la falsedad ó errores que en su doctrina encontrar creyeran, sino en su forma metódica de argumentar y de enseñarse, acusándola á la vez de fútil por ocuparse en discutir cuestiones nimias; lo que solo probaba la posesión de la verdad que tenía, no habiendo por lo tanto necesidad de ocuparse de prin-

(1) P. Ventura de Ráulica. 2.<sup>a</sup> conferencia sobre la razón católica y la razón filosófica.



principios que consideraban incontrovertibles.

Entonces formáronse tres escuelas que dieran origen á que más tarde resucitaran los sistemas de Epicuro, Platon y Pirron y Zenon, ó sean el materialismo, consecuencia de la « *Filosofía experimental* » de Bacon, en Inglaterra; el escepticismo que produjera en Francia la « *Duda metódica* », de Descartes y el racionalismo en Alemania, producto del « *Método de demostracion* » de Leibnitz.

Conviniendo estos tres sistemas en un solo punto, es á saber: en prescindir de la fé para encontrar la verdad, los tres tuvieron, aunque de distinto modo, un mismo resultado: producir el error.

Locke Malebranche y Wolf separándose de sus respectivos maestros cayeron más y más en el error y tomando este mayor incremento con Kant y Fichte, los sistemas y las escuelas se aumentaron y subdividieron hasta el punto de ser tantos como filósofos.

A fuerza de inquirir la verdad se había hecho ésta imposible de conocer por las escuelas filosóficas al prescindir y rechazar la fé. Con ella habían rechazado la verdad; pues habían concedido á la razon una soberania que no tenía ni podía ejercer y de aquí que el criterio y las opiniones de cada uno de los filósofos que á la suya particular se atenían, fueren tan diversos y contrarios á la verdad, resultando de estas múltiples diferencias una disension estéril para todo menos para alejarse de ella, que aumentaba indefinidamente la division que la originara y que en confuso desconcierto, sin tener ni una verdad concreta y definida que la sirviera de base, imprimía á la Sociedad la confusion y vaguedad que la caracterizaba.

Esta breve reseña de la historia de la filosofía contesta satisfactoriamente á la pregunta que hacíamos al contemplar el estado actual de la Sociedad, producto de haberse separado la razon de la fé. Por tanto, la discusion, la division y el desconcierto en la multiplicidad de tésis que se sostienen y el desprecio, en fin, que se hace en nuestros dias de ciertos principios, nos patentiza que el racionalismo ha penetrado en nuestra Sociedad, procurando reinar en nosotros.

Entrevemos que lo conseguirá, por desgracia: consiguemos por qué.

Es el racionalismo sin duda alguna el error que más apariencia de verdad tiene, y que halagando á la inteligencia, desarrolla el afan que al saber tiene el hombre, convirtiendo desde los primeros pasos que en su camino adelanta en soberbia presuncion de poseer en sí la clave, la verdad de todas las verdades.

¿ Quien puede, pregunta el racionalismo, juzgar de la verdad sino el hombre que es quien únicamente posee la potencia para juzgar? Luego si solo el hombre tiene esta facultad, no es, no puede ser verdadero más que lo que á esta facultad, es decir, á la razon, parezca y juzgue verdadero, y por lo tan-

to, el hombre no debe admitir como verdad sino aquello que su razon reconozca y le dicte.

Deslumbran ciertamente semejantes palabras, cual luz intensa que nos hiere al salir de la oscuridad, necesitando para poder apreciar los objetos que nuestra vista se acostumbre poco á poco á tanta luz, después de lo cual en vez de impedir favorece la vision. Así las teorías racionalistas deslumbran y ciegan si no se recoge la inteligencia y se examinan poco á poco; pues examinadas que son, ellas mismas nos favorecen y ayudan para hallar y combatir el error que encierran.

Y cierto es que así sucede.

Sin que nos detengamos á demostrar la imposibilidad que tiene el hombre de poder conseguir la verdad por sí solo, aunque no se atiende más que á lo limitado de su existencia (1), vamos á probar lo absurdo de este sistema con sus mismas palabras.

El hombre, en efecto, por medio de la actividad de su inteligencia, ó sea la razon, puede juzgar y emitir su juicio; pero como quiera que el juicio no sea otra cosa que *el resultado de la comparacion entre dos términos*, de aquí que lo primero que el hombre necesita para raciocinar es la existencia de axiomas, de verdades incontrovertibles, las cuales sean los términos en que se base el juicio.

Más ¿quién garantiza á la razon la certeza de verdades anteriores á todo juicio las cuales han de ser los términos de comparacion para formular el primer raciocinio? ¿Ha de ser ella misma en virtud de su pretendida soberania? Es imposible, puesto que antes del primer juicio nada sabe; luego precisa y necesariamente ha de existir *algo superior* á esa facultad impotente para formar el primer juicio.

Este *algo* es la revelacion divina probada de la manera más brillante por el mismo J. J. Rousseau al decir: « *Yo creo necesaria la palabra para inventar la palabra* »; probada también por Aristóteles cuando afirmaba que « *el hombre no puede aprender nada ni saber nada sino con ayuda de lo que sabe ya* »; (2) es decir: que lo mismo para Aristóteles que para Rousseau, es de todo punto indispensable la preexistencia de un ser que enseñe la verdad desconocida que el hombre por sí solo no puede descubrir.

Pero el hombre tiene una facultad inútil, podrá redarquir el racionalismo.

De ningun modo.

(1) Véanse en Ciceron (Quæst. Tust. Lib. III) las quejas que Teofrasto dirigia á la naturaleza antes de morir, por lo limitado de la vida para adquirir la verdad.

(2) Toda doctrina, añade Aristóteles, toda ciencia racional se funda sobre un conocimiento precedente. El silogismo y la induccion mismas no descansan sino sobre estos conocimientos. (Poster, Analat, Lib. I)



La razón no es, no puede ser inútil al hombre porque sus atribuciones ó su potencia sean más ó menos limitadas; esto sería lo mismo que si el hombre no sirviese para nada por no ser Dios. La razón tiene un límite, una esfera de acción propia y fuera de ella, nada puede, para nada sirve. La razón está circunscrita, una vez que le ha sido enseñada la verdad, á demostrarla; á juzgar de la conformidad de un hecho con una verdad; todo lo que sea comparar con una verdad, es, en fin, lo que atañe y puede la razón.

He aquí las doctrinas del racionalismo rebatidas con sus mismas palabras; pero á pesar de ello, á pesar de ser tan claro el error y la contradicción que encierran, nos es forzoso, por más que nos entrietezca, el confesar que sus secuaces son en gran número; y es que el racionalismo comienza siempre á extenderse allí donde el sentimiento de religión decae; allí donde la fé se extingue; allí donde el indiferentismo religioso reina, aprovechándose sagazmente de estas circunstancias, las más á propósito siempre para su triunfo; porque del indiferentismo religioso al racionalismo no hay más que un breve paso que fácilmente se anda. De aquí el temor que abrigamos de que pueda enseñorearse por esta causa.

Mas aunque este sea nuestro mayor y más fundado motivo de temor, crece nuestra alarma y nuestros tristes presentimientos se aumentan si nos fijamos en ciertos hechos y en varias teorías que se sustentan en la Sociedad presente, los cuales prueban que el racionalismo tiene ya no pocos defensores, es más; que en determinado número, no es ya el racionalismo, sino sus consecuencias las que imperan, como vamos á observar en el exámen concreto del estado filosófico de la actual Sociedad.

(Se continuará)

S. POESPER.

## FABULA.

### LA MOSCA Y LA MARIPOSA.

Preguntóle á una linda mariposa  
una mosca envidiosa,  
Cual era la receta,  
en qué ocasión la usaba y en qué dosis,  
para pasar por tal metamorfosis,  
ó si no, de que treta  
acostumbraba usar, para gozosa  
tornarse de gusano en mariposa,  
pues siempre le admiraba  
que el que una vez anduvo por el suelo  
pudiese sin peligro alzar el vuelo,  
y en su corto talento no alcanzaba  
cómo siendo tan sucios sus colores,

fuese ahora la envidia de las flores.

Aquella respondia;  
¡Ay amiga! no pienses gasté en vano  
el tiempo que pasé siendo gusano,  
pues supe noche y dia,  
olvidando del mundo el dulce arrullo,  
trabajar encerrada en mi capullo,  
en el cual afanosa  
fabriquéme de flores estas alas  
y me adorné de galas  
saliendo tan vistosa;  
y ya que pude á fuerza de sudores  
trasformar mi figura y mis colores,  
ahora, en premio debido,  
luciendo voy mi esplendoroso manto,  
que Dios protege á quien trabaja tanto.

BRAULIO MELLADO.

## LAS AGUAS DEL OLVIDO.

— 1.º —

Aliak era la hija de las flores.

Blanca como las azucenas, solo el azul del cielo podía competir con sus melancólicos ojos, solo los rayos que se desprenden en lluvia de oro del astro del día podían compararse con su rizada cabellera, solo el misterioso luminar que preside las noches la igualaba en bondad y dulzura.

Toda la armonía de la belleza y de la perfección, habíase refugiado en su rostro con tanta verdad que bajo la influencia de sus miradas y sonrisas quedaba fascinado quien la veía.

Cuando paseaba por sus jardines, batían las palmeras sus racimos de oro, le prestaban las rosas sus más delicados aromas, y las aves, las fuentes y los árboles la saludaban con sus armonías.

Aliak era la representación del placer: los halagos de sus sonrisas, eran dulces como las mieles que liban las abejas en el caliz de las violetas.

La más pura candidez se demostraba en sus rosadas mejillas, en su castísima frente, en la corona de jazmines que ornaba su refulgente cabellera, en el cíngulo blanco como la nieve de las montañas que sujetaba á su flexible talle su túnica celeste.

Cuando se ocultaba en los bosquecillos de rosas y jazmines, los jazmines y las rosas se enlazaban en su garganta de nacar, con la misma dulzura que los brazos de un niño, al cuello de una madre amada.

Cuando se recostaba al pie de las fuentes las náyades se complacían en sembrar perlas en su sencilla falda, mientras los suaves céfiros jugaban con sus sedosos cabellos.

Entonces la felicidad embargaba su alma y de lo



Intimo de su pecho se exalaba un ¡ay! dulce, perezo-  
zoso, dilatado y el rocío de las lágrimas caía sobre  
las rosas de sus mejillas, como el de las mañanas  
primaverales sobre la corola de los claveles.

Un dervick había predicho que el hombre que fue-  
se amado por ella labraria su desgracia.

« Aliak, que tus ojos dulces como los de la gacela  
no se fijen jamás en ningún hombre »

« Que en tu frente, cuyo brillo hace empalidecer  
á la aurora, no se poseen nunca más labios que los  
de tu madre »

« Que el fuego del amor no consuma la tranquila  
inocencia de tu alma virginal »

« Porque entonces el ángel de la muerte tenderá  
sobre tí sus negras alas y con su aliento tristísimo,  
llenará de sombras tu corazón »

Esto había dicho el dervick :

Por eso Aliak estaba condenada á no ver á nin-  
gun mortal, á no sentir nunca dilatarse en su alma  
el sonido dulcísimo de las embriagadoras palabras de  
amor.

Pero ¡ay! estaba escrito, Aliak había de amar y  
amó.

— 2.º —

Catí era el valiente cazador, terror de las fieras  
del desierto.

Su ardiente mirada desafiaba la claridad del día.

Sus cabellos competían con la oscuridad de una  
noche tempestuosa.

Su aliento era poderoso como el aliento de la tor-  
menta.

Un día cazando en el desierto quedó extraviado.

Las sombras sucedieron á la luz.

Un viento cálido hacía girar cual fúnebre crespon-  
ja negra cabellera del nómada, que sobre su alazan  
parecía querer orientarse del camino que había de  
tomar.

En torno de los secos arenales, se escuchaba solo  
el lejano grito del beduino y el aullido de las  
panteras.

De pronto la práctica mirada de Catí distinguió  
en la sombra, los fosforescentes ojos de un tigre que le  
espía de cerca.

El caballo que había conocido también el peligro,  
espantado y sin atender á la diestra mano del jinete  
se lanzó en impetuosa carrera al través de las move-  
dizas arenas, salvando llanuras y barrancos con la  
ligereza del huracán.

Contagiado Catí con aquel vértigo hincó los acica-  
tes hasta ensangrentarlos en los ijares del animal.

Corre, vuela caballo mío, esclama con acento som-  
brío el jinete, corre, vuela, caballo mío.

Y entonces el caballo dobla su carrera, incansable,  
rugiente, frenético.

Y ensanchando sus narices y despidiendo por ellas  
un aliento poderoso, volcánico, infernal, relinchaba

de dolor y azotaba con sus revueltas crines la frente  
de su dueño que con los acicates y la voz le impul-  
saba á aumentar su vertiginosa carrera.

Y caballo y jinete aparecían y se ocultaban y vol-  
vían á aparecer como vision evocada.

Aun se oía, aunque lejano, el rugido de los chaca-  
les y los roncós bramidos del viento.

Después nada, alazan y jinete habían dejado atrás  
el desierto.

Y rendido de dolor y de fatiga cayó rodando el fo-  
goso corcel para no levantarse más.

Catí quedó desmayado.

— 3.º —

La aurora con sus crespones de púrpura y de plata  
vestía de luz las siluetas de las montañas.

Alzaban las pintadas aves armoniosos coros y el  
rocío caía en lluvia de perlas sobre la corola de sus  
flores.

Las magnolias cimbraban los esbeltos talles á im-  
pulsos de una dulcísima brisa y los lagos rizaban pe-  
rezos las tranquilas aguas.

Cuando Catí volvió de su desmayo, hirieron sus  
oidos las notas melódicas de un canto de amores.

Cuando abrió los ojos se halló recostado en un le-  
cho de rosas, y en un jardín de maravillosa hermo-  
sura y a su lado una mujer ó una huri.

Fra Aliak, cuya mirada llena de suave expresion,  
estaba profundamente fija en el pálido rostro del  
cazador.

Catí no podía dar crédito á sus ojos.

Hallábase fascinado; tal vez aquella vision era so-  
lamente continuacion del vértigo de que había esta-  
do poseído.

Aparicion celeste, exclamó Catí, tu mirada ha  
llenado de luz las oscuridades de mi corazón. Tu  
aliento lleno de amor es la brisa de felicidad que ha  
venido á orear mi frente escandecida por el huracán  
del desierto.

Déjame beber en tu mirada el néctar del paraíso.

Déjame que libe en tus labios sabrosos como las  
cerezas el aliento purísimo de tus amores.

Y Aliak inclinó su frente ruborosa y sus cabellos  
humedecieron con sus esencias las tostadas mejillas  
del hijo del desierto.

¿Quién eres, exclamó Catí?

Yo soy Aliak, la hija de las flores y la reina de  
estos jardines

La nieve y la rosa besaron mi frente, el sol es-  
carchó mis cabellos con su oro y los cielos le die-  
ron color á mis ojos.

He pasado mi vida en el misterioso jardín en  
que nos encontramos.

Pero esta noche ha besado mi frente la imágen  
del placer y al contacto de aquel beso he perdi-  
do mis ensueños de virgen.

Aliak, yo te amo.



Y Aliak no necesitó hablar.

Porque su mirada dijo: Tú eres el amado de mi alma.

Y Aliak y Catí enlazaron sus brazos y se perdieron en un cenador de arrayanes,

Y las aves y las brisas y las fuentes cantáron aquellos amores y las flores los envolvieron en sus más preciados aromas.

Pero el ángel purísimo de Aliak, huyó triste y lloroso batiendo sus alas blancas en una nube de oro y rosa.

Llegó la noche: las auras murmuraban con más dulzura que nunca.

El ambiente era más perfumado y las sombras más seductoras.

Las estrellas y los luceros despedían más dulces resplandores y la luz que mandaba la luna volteando en el límpido campo del firmamento, era más diáfana que otras noches.

Aliak, suelta al viento la abundosa cabellera y suelto su túnico azul, cruzó cual aérea vision las carreras de sus jardines, yendo á perderse en el cenador de arrayanes.

Después cruzó el jardín el venturoso cazador, y fué á perderse también en la oscuridad de aquel pabellon.

Y callaron las brisas y cesaron los murmurios de las fuentes y de los árboles y de las flores y la naturaleza entera calló. . . y pasaron las horas.

Y en adelante cada noche se repetía la misma escena.

Y cada día crecía Aliak en gracia, perfeccion y hermosura.

— 4.º —

Una noche, que como de costumbre corrió furtiva Aliak al cenador de arrayanes, fué solo recibida por las flores.

Esperó primero tranquila, impaciente después, muy triste luego y vino la aurora y ya no esperó, pero se retiró llorando.

Y pasó muchas noches velando en el cenador de arrayanes y vinieron otras tantas auroras y Aliak se retiraba siempre llorando, porque Catí no venía.

Aliak ya no bajaba á sus jardines de noche.

Se habia convencido que Catí dormía al pie de las palmeras del desierto después de haber bebido en la copa de los placeres las aguas del olvido.

Aliak no lloraba: pero estaba triste y melancólica y las flores habian perdido para ella todo su encanto.

Cuando en busca de descanso recostaba su pálida cabeza en el lecho de rosas en que descansó su amante, las rosas quemaban sus sienes.

Las náyades habian muerto de tristeza en el fondo de las fuentes.

Una tórtola exhalaba un día sus arrullos menos tristes que los suspiros que lanzaba el pecho de Aliak.

En aquel momento llegaba ésta pálida, muy pálida á su querido cenador.

Y se recostó sonriéndose oyendo los arrullos de la tórtola.

Y se dispuso á dormir y. . . durmió el sueño eterno. . .

Entretanto, Catí, el pérfido cazador, dormía al pie de las palmeras del desierto, después de haber bebido en la copa de los placeres las aguas del olvido.

FELIPE PLÁ.

## EL JAZMÍN Y LA DEAMBEJA.

» Ay de mí! Ya siento helada  
La nevada

Frente que un día ostenté;  
Orgullosa entre las flores,  
Cuando mis dulces amores  
Les canté.

—  
Ya la altivez, gentileza,  
Y belleza,  
Con que á todas celos dí,  
Dejándome el pecho herido,  
Roba un amor fermentado  
Que sentí.

—  
Ya del céfiro el arrullo,  
Y el murmullo  
De la encantadora brisa,  
Por qué no vienen no sé.  
A que cual siempre les dé  
Mi sonrisa.

—  
Ya del huracan violento,  
Cuyo acento  
Nunca me causó pavor,  
Porque culto me rendía,  
Me infunde el que venga un día  
Cruel temor.

—  
Ya todo me causa enojos,  
Y á mis ojos  
Nadie mitiga su llanto;  
Ya todos huyen de mí,  
Porque mis gracias perdi  
Y mi encanto.

—  
¿Por qué el fuego, galanura,  
Y hermosura,  
Que un día feliz ostenté,  
Con severa y dura mano  
Me arranca un amor tirano  
Que halagué?



¿Por qué el corazón violento,  
Que contento  
En mí latía con ardor,  
Triste, confuso, abatido,  
Hoy lanza triste gemido.  
De dolor?

—  
¿Y porque ya de mi vida  
Tan querida,  
No me siento desprender?  
¿Por qué ha perdido en un día  
Su gallarda lozanía  
Y su placer?

—  
Calló la flor sollozando,  
Y volando  
La brisa que a questo oyó,  
Otra buscó entre las flores,  
Y del jazmín los amores  
Le contó.

—  
Díjole que ciego, loco,  
Tenía en poco  
Las delicias del Eden;  
Que de dolor moriría  
Si pronto no le veía  
En su haren.

—  
La diámeda pesadosa  
Y herosa  
Con misterioso rubor,  
Rogó a la brisa que fuera  
Y que al jazmín le ofreciera  
Puro amor.

—  
La brisa que esto escuchando  
Revolando  
Sus tenues alas agita,  
Hendiendo el aire ligera,  
A la flor de la pradera  
Vio marchita.

—  
Su aroma perdido habla,  
Y moría  
Cuando la brisa llegó:  
Débil suspiro exhalaba,  
Y el nombre que pronunciaba  
Se escucho.

—  
El Céfiro revoltoso  
Que curioso  
Busca secretos do quiera,  
Dicen se compaleció  
Y un epitafio escribió  
Que así era:

« Nació al despuntar el día  
Exhalando grato olor;  
Era por su lozanía  
De los prados la alegría,  
De las flores el amor.

—  
Mas ¡ ay ! que en su orgullo ciego  
Quiso con amor jugar,  
Y como el amor es fuego  
En él se llegó á quemar. »

M. CAMPOY.

—  
En este número publicamos un notable artículo debido á la pluma del distinguido literato D. Manuel Ossorio y Bernard; despues de recibido en esta redaccion, nuestro ilustrado colaborador el Sr. Ossorio ha tenido la desgracia de perder un hijo; acompañamos á nuestro amigo en su tan justísimo dolor.

—  
Con este número termina el año de nuestra publicación, lo que avisamos á los Sres. Suscritores para que remitan sus suscripciones; igualmente hacemos saber á aquellos Señores forasteros que se encuentran en descubierto que éste es el último número que se les remite.

—  
Amantes de todo lo que puede contribuir al adelanto literario y artístico de nuestro país y á su buen nombre en el Extranjero; no hemos podido por menos de ver con orgullo los elogios tributados á *La Ilustración Española y Americana* por el *Morning-Sall* quien le coloca al nivel de las principales publicaciones inglesas. Damos por ello la más cordial enhorabuena á nuestro ilustrado colega y á su digno Director el Sr. de Carlos, á cuyos esfuerzos y patriotismo se debe la importancia y mejoras que se observan de día en día en tan notable Revista.

—  
Hemos recibido los siete primeros números de *El Periódico para todos*, notable semanario que recomendamos á nuestros lectores y cuya redaccion se halla á cargo de los Sres. D. Manuel Fernández y Gonzalez, D. Ramon Ortega y Frias, y D. Torcuato Tárrago y Mateos, cuyos solos nombres son una garantía para todos los aficionados á la literatura española; á más de estos tres fecundos novelistas, otros eminentes escritores contribuyen con sus bien cortadas plumas, á dar lustre é interés á esta nueva publicación á la que auguramos la más favorable acogida.